Antología de Spoon River (algunos muertos)

De

Edgar Lee Masters



Versión de Pedro Irula

Enero de 2025



Esta obra se distribuye de manera gratuita a través de una Licencia Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0. Usted es libre de copiar y distribuir el libro. Debe dar crédito de manera adecuada al usarlo. Para más información, visite este enlace.

La "Antología de Spoon River" (*Spoon River Anthology*) es un poemario de Edgar Lee Masters, un gringo, publicado en 1915. Spoon River es un pueblo ficticio de Illinois más o menos perdido entre la grama, y su antología recoge algunos epitafios de su cementerio. Los muertos cuentan secretos, chambres, pleitos, asuntos pendientes y mentiras.

Me animé a traducir algunos epitafios por tres razones. Primero porque este fue el primer poemario que disfruté. Me gustó su estilo denso y despejado, como grabado en piedra, que Masters retomó de la poesía griega y latina, y sobre todo del epigrama. Como parecía sencillo, me puse a traducir y me desengañé. Salió lo que salió. Si había alguna

métrica original no hay por qué buscarla en mi versión. No fui fiel ni al inglés ni al español salvadoreño, ni al contexto gringo de Masters, o al menos no siempre: lo que mantuve siempre, a toda costa, fue la intensidad y la sencillez del poema. O eso pretendí.

Dos: me gusta la literatura que habla de las maneras en que el pasado persiste en el presente. El cristianismo más esotérico creó la imagen preciosa del ángel del registro: el encargado de dejar constancia de todo lo que alguna vez pasó en el mundo para que se conozca en el Juicio Final. Creo que ese registro, al menos en parte, puede verse en cada momento de nuestras vidas si lo ponemos a trasluz. En San Salvador vivimos en colonias que levantaron sobre asentamientos prehispánicos. Ante los edificios art decó del centro histórico hubo masacres y alzamientos. En el sótano de Multiplaza, que antes fue una finca, se ven apariciones idénticas a las que describían los jornaleros de la República Cafetalera en la época de corta. Todo es vestigio. Y todo es relevante, sobre todo cuando el fascismo pretende lavar ese registro del pasado y hacer de cuenta que este país no le debe nada a nadie. Hacer hablar a los muertos siempre es

peligroso y me pareció oportuno intentarlo a través de estas traducciones.

Tres: Quería volver a escribir. Estos poemas no son míos, pero hay una medida de creación en la traducción, y es la medida justa para el tiempo que tengo. Al cierre de los veintitantos me he topado con urgencias más grandes que el trabajo literario. Ni modo. Pero iría en contra de mi naturaleza si pusiera la literatura a un lado de manera definitiva. Así que he vuelto a escribir y estoy contento. Gracias a Edgar Lee Masters y gracias sobre todo a Diego Oliva, que me regaló una edición preciosa de este libro (la que tomé como texto original: University of Illinois Press, 1992, 436 pp.) y que me echó porras en este esfuerzo. Ahora toca subirse de nuevo a la coaster.

P.D. Los encabezados de los poemas y la imagen de portada son calcos en carboncillo de lápidas coloniales y decimonónicas de Estados Unidos. Las saqué de internet. Gracias a quien corresponda.

Enero de 2025



Amanda Barker

Henry me dejó encinta
a sabiendas de que no podía dar yo vida
sin perder la mía.
Crucé joven, pues, los portales del polvo.
Viajero, dejé la vida en esta aldea
donde aún creen que él me amó como un esposo.
Óiganme ahora, ensombrecida:
Henry me sacrificó para colmar su odio.



Knowlt Hoheimer

Fui el primer fruto de la batalla de Missionary
Ridge.
Cuando la bala reventó mi corazón
me arrepentí de no estar en casa, preso
por robarle unos cerdos a Curl Trenary
en lugar de darme a la fuga y a la guerra.
Denme mil veces la cárcel del condado
y no este nicho bajo este ángel de mármol
y este pedestal de granito
donde alguien inscribió: “Pro Patria”.
¿Y eso qué quiere decir?



Lydia Puckett

Knowlt Hoheimer huyó a la guerra
un día antes de que el juez Arnett
le diera a Curl Trenary una orden de arresto
porque Knowlt le robó unos puercos.
Pero se hizo soldado por otra cosa.
Me halló en el camino, con Lucius Atherton.
Discutimos. Al final le ordené que nunca más
se me pusiera enfrente.
Y se robó los puercos y se fue a la guerra:
Detrás de cada soldado hay una mujer.



Hare Drummer

¿Aún van los chicos y las chicas donde Siever
a beber sidra, después de la escuela,
a finales de septiembre? ¿O recogen
avellanas en la granja de Aaron Hatfield
cuando empieza el hielo?
Es que muchas veces reí y jugué
con los chicos y las chicas,
junto al camino, entre los montes —
el sol descendía, el aire enfriaba —
cuando aporréabamos los nogales
desnudos contra el occidente en llamas.

El aroma del humo del otoño
y las bellotas que caen
y los ecos sobre el valle
me traen sueños de vida. Flotan sobre mí.
Me preguntan:
¿Dónde están los risueños camaradas?
¿Cuántos están a mi lado, cuántos más
en las viejas huertas del camino de Siever
y en los bosques que se alzan
sobre el agua quieta?



Conrad Siever

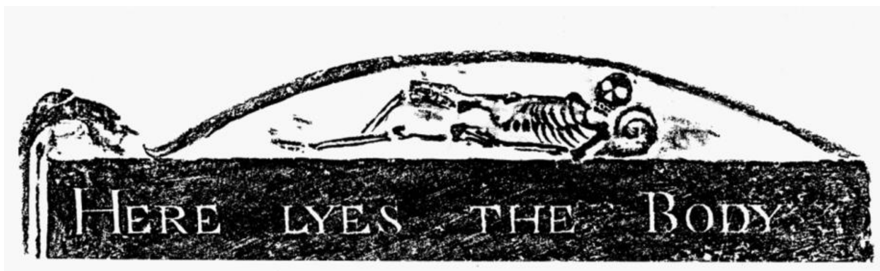
No en ese jardín de desperdicios,
donde los cuerpos ceban un pasto
que ningún rebaño come, y cipreses
que crecen para nadie.
Ahí buscan comunión con las ánimas difuntas
con vanos suspiros en sombrías avenidas
y sueños aún más vanos.
No es ahí, sino aquí, bajo el manzano
que amé y cuidé y podé
con manos ateridas
por largos, largos años:

es aquí, en lo más hondo de este árbol centinela,
donde atravesé el cambio químico, el ciclo de la vida,
y entré a la tierra y a la carne del árbol
y a los epitafios vivos
de las rojísimas manzanas.



Chase Henry

En vida fui el bolo del pueblo
y al morir, el cura impidió que me enterraran
en el camposanto.
Todo redundó en mi beneficio.
Porque los protestantes compraron este lote
y aquí enterraron mi cuerpo,
cerca de la tumba del banquero Nicholas
y de su esposa Priscilla.
Almas prudentes y piadosas: vigilen
las contracorrientes de la vida
que honran a los muertos que vivieron en bajeza.



Zenas Witt

Tenía dieciséis años y unos sueños horrendos
y borrones en los ojos y los nervios hechos trizas.
Y los libros que leía no los recordaba,
no como Frank Drummer, que se aprendía páginas enteras.
Mi espalda se torcía, y yo me angustiaba y me angustiaba,
y lleno de vergüenza tartamudeaba mis lecciones
y al momento de recitarlas, olvidaba
todo lo estudiado.
Entonces vi el anuncio del doctor Weese,
y lo leí palabra por palabra
y me pareció que ese hombre me entendía:
¡hasta los sueños que no podía evitar!
Supe entonces que estaba al borde la tumba.

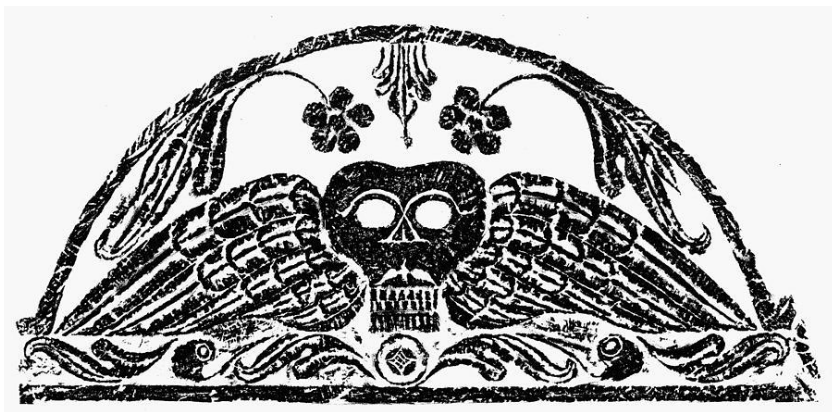
Y me angustié hasta que empezó la tos
y cesaron los sueños.
Luego dormí sereno, en negro,
aquí, en el cerro, junto al río.



Dorcas Gustine

En el pueblo nadie me quería
porque yo hablaba sin tapujos.
Si me ofendían, yo llegaba
con mis llanos reclamos
y en mí nunca fermentaron,
ocultas, tirrias en secreto.
Muchos elogian al niño espartano
que ocultó un lobo bajo su manto,
sin una sola queja,
mientras el animal lo devoraba.
Creo que es más valiente combatir al lobo
cuerpo a cuerpo, dando vuelcos por el ruedo,
entre nubes de polvo y aullidos de dolor.

La lengua puede ser ingobernable
pero el silencio es ponzoña en el espíritu.
Que me reprenda quien quiera. Aquí lo espero.



Louise Smith

Cuando Annabelle regresó al pueblo
ya estudiada, Herbert anuló nuestro compromiso
de ocho años. ¡Ay de mí!
Debí dejar en suspenso mi herido amor
para que floreciera en espléndida tristeza.
¿Quién sabe si no me hubiese colmado
como si fuera un bálsamo oloroso?
Pero lo estrangulé,
le unté chile en la piel,
le saqué los ojos de las cuencas
y un día aquello ya era odio.

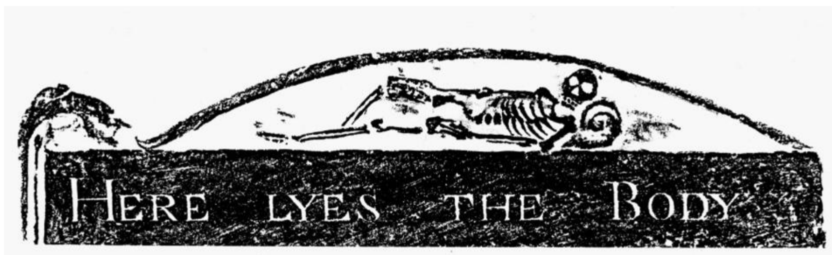
Chichicaste en lugar de crisantemo.
Mi alma cayó de su asidero
y terminó atenazada en la hojarasca.
No entregues a tu voluntad el jardín de tu alma
a menos que a ciencia cierta sepas
que ella es más sabia que tú.



Herbert Marshall

Louisa, tu enorme pena, tu odio por mí
nacieron de un delirio: que fue un capricho
de mi voluntad, una mancilla
a los derechos de tu corazón
lo que me hizo posar los ojos en Annabelle
y abandonarte.
De tanto amor terminaste por odiarme
porque yo era la dicha de tu alma,
y mis contornos parecían plegados
a tu justa medida, y te dejaba.
Porque contigo era infeliz. ¿No habría resistido
el cordel que nos ataba si tú fueras mi gozo?
Esta es la amargura de la vida:
uno solo puede ser feliz al unísono con otro

y nuestros corazones corren tras estrellas
que no nos quieren.



Benjamin Pantier

Yacen juntos en esta tumba Benjamin Pantier, abogado,
y Nig, su perro, constante compañía, gozo, amigo.
Amigos, niños, hombres y mujeres, por el camino gris,
uno por uno se apartaron de mi vida. Quedé a solas
con mi fiel Nig, compañero de lecho y de bebida.
En la mañana de mi vida conocí la aspiración y vi la gloria.
Luego la mujer que me sobrevive atrapó mi alma
con una trampa que me desangró hasta la muerte,
hasta que yo, de recia voluntad, ahora roto, indolente,
me mudé con Nig a la trastienda de un despacho mustio.
Bajo mi mentón Nig aprieta los huesos de su nariz.
Nuestra historia se pierde en el silencio.
Sigue tu camino, mundo loco.



La señora Pantier

Ya sé que les ha dicho que atrapé su alma
con una trampa que lo desangró hasta la muerte.
Y todos los hombres lo amaban
y casi todas las mujeres le tenían lástima.
Pero imaginen que ustedes son damas de gustos refinados
y les repugna el tufo a whisky y a cebolla.
Y todo lo que escuchan es el ritmo de la Oda de
Wordsworth
porque él se pasa todo el día hasta la noche
rumiando pedazos de ese bodrio:

"*Oh, ¿de qué se enorgullece el espíritu mortal?*".
Bueno, hagan de caso
que son mujeres bien dotadas
y que el único hombre con quien la ley y la moral
les permite sostener el acto marital
es el mismo hombre que les despierta repulsión
cada vez que piensan en ello — y piensan en ello
cada vez que lo ven.
Por eso yo lo eché de casa
y se fue a vivir con el chucho
en un cuarto mustio detrás de su despacho.



Reuben Pantier

Y bien, Emily Sparks, no desperdiciaste tus plegarias.
No todo tu amor fue en vano.
Si en vida fui yo algo, lo debo
a tu esperanza, que no me abandonaba,
a tu amor que aún me creía bueno.
Querida Emily Sparks, te contaré la historia:
Tuve un lío con la hija de la tejedora
y me lancé al mundo,
donde atravesé cada peligro conocido:

el vino y las mujeres y la alegría de vivir.
Una noche, en un cuarto de la Rue de Rivoli,
bebía vino con una *cocotte* de ojos negros
y las lágrimas subieron a mis ojos.
Ella creyó que era llanto de amor. Sonreía
creyendo haberme conquistado.
Pero mi alma estaba tres mil millas más allá,
en los días en que me enseñabas en Spoon River.
Y era porque no podías más amarme,
ni orar por mí ni escribirme cartas
que tu eterno silencio me habló por ti.
Y la cocotte de ojos negros creyó suyo mi llanto
y otros besos que le di por puro engaño.
No sé cómo, desde ese instante, vi otras cosas,
¡querida Emily Sparks!



Emily Sparks

¿Dónde está mi niño, mi niño,
en qué lejanía del mundo?
El niño al que amé por sobre todos en la escuela.
Yo, la maestra, la vieja soltera, el corazón virginal,
que a todos hice mis niños.
¿Acaso conocí la verdad del más mío,
en quien veía un espíritu fragoso,
inquieto y siempre maquinando?
Ay, niño, niño, por quien oré y oré
en tantas horas de vigilia, por la noche,

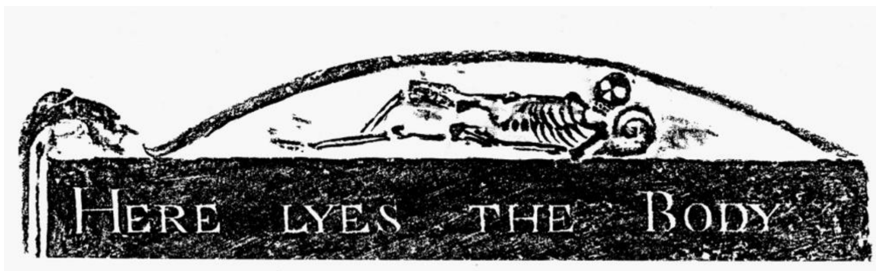
dime si recuerdas la carta en que te hablé
del hermoso amor de Cristo.
Y si la recibiste alguna vez o no,
mi niño, donde estés,
trabaja siempre por el destino de tu alma,
que todo tu barro, toda tu escoria,
cedan paso a tu fuego,
hasta que el fuego no sea nada más que luz —
¡Nada más que luz!



Dora Williams

Cuando Reuben Pantier huyó, dejándome tirada,
me marché a Springfield. Ahí conocí a un bolo.
El padre le acababa de heredar una fortuna.
Cuando nos casamos también estaba bolo.
Mi vida fue un oprobio.
Pasó un año y lo hallaron muerto un día.
Así me hice rica. Me mudé entonces a Chicago.
Ahí conocí a Tyler Rountree, un canalla.
Me fui a Nueva York. Un magnate canoso
perdió la cabeza por mí. Otra fortuna a la bolsa.
Y es que se me murió una noche, en mis brazos.

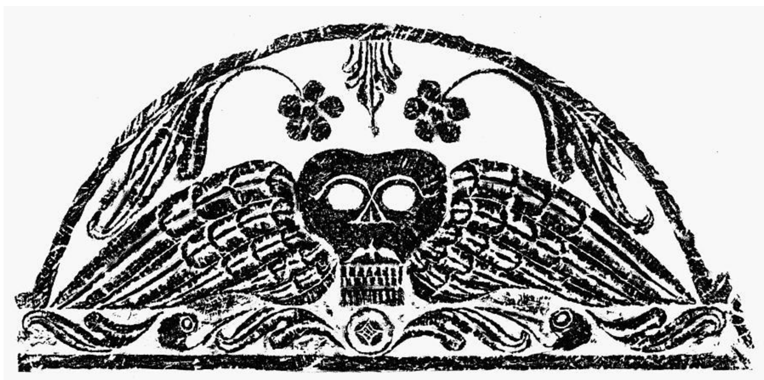
(Su rostro amoratado me persiguió por años.)
Hubo casi un escándalo. Otra mudanza,
hoy a París. Yo ya era una mujer vivida:
asolapada, sutil, curtida, millonaria.
En mi bello piso de los Champs Elysées
se reunían perros y gatos.
Músicos, poetas, *dandies*,
artistas, aristócratas
conversaban en francés y en alemán,
en inglés y en italiano.
Desposé al conde Navigato, oriundo de Génova.
Vivimos en Roma. A menos que me equivoque,
él me envenenó. Lean ahora,
en el camposanto que se alza
sobre el mar donde el joven Colón
soñó el nuevo mundo, las palabras que cincelaron:
Contessa Navigato
Implora eterna quiete.



Trainor, el farmaceuta

Solo el químico puede predecir,
y no siempre lo logra,
qué resultará de los compuestos
de líquidos y sólidos.
¿Y quién predecirá
cómo vivirán hombres y mujeres,
al juntarse, y cómo serán sus hijos?
Ahí están Benjamin Pantier y su esposa:
buenos por separados, malignos en unísono.
Él, oxígeno. Ella, hidrógeno.
Y el hijo un fuego implacable.
Yo, Trainor, farmaceuta, mezclador de químicos,

morí durante un experimento
y viví soltero.



Francis Turner

No pude correr ni jugar
en mi infancia.
En la madurez solo di sorbos,
nunca bebí
porque la fiebre escarlatina me atrofió el corazón.
Y aquí yazgo
acunado por un secreto que solo Mary conoce.
Hay un jardín de acacias,
palos de catalpa y dulces trepadoras.
Ahí, esa tarde de junio,
Mary estaba a mi lado y la besé

cuando mi alma asomaba entre mis labios.

De repente alzó vuelo.



La señora Sibley

El secreto de las estrellas: gravitación.
El secreto de la tierra: estratos rocosos.
El secreto del suelo: que recibe la semilla.
El secreto de la semilla: el germen.
El secreto del hombre: el segador.
El secreto de la mujer: el suelo.
Mi secreto: Bajo un túmulo que nunca encontrarán.



John Ballard

En el mediodía de mi fuerza
maldije a Dios, y él no volteó a verme.
Lo mismo daba maldecir a las estrellas.
En el linde de la vida, pero aún firme,
maldije a Dios por mis padecimientos,
y él seguía sin voltear a verme:
me dejó solo, como siempre había hecho.
Lo mismo pude maldecir al campanario
de los presbiterianos. Menguaba mi vida.
Me sobrevino entonces el terror:

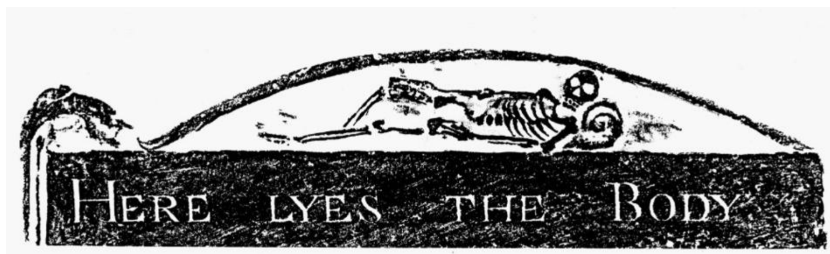
Tal vez mis maldiciones alejaban a Dios.
Entonces Lydia Humphrey me llevó un ramo de flores
y pensé en hacerme amigo de Dios
y me acerqué a él con la miel de la amistad.
Lo mismo daba llevarla al tal ramo de flores.
¡Estaba ya tan cerca del secreto!
Porque el ramo de flores podía ser mi amigo
si me aferraba al amor que me aguardaba entre los pétalos.
El secreto estaba al roce de mis dedos. Pero —



Hod Putt

Me enterraron cerca de la tumba
del viejo Bill Piersol,
que hizo fortuna comerciando con los indios,
que se amparó en la ley de bancarrota
y de ahí salió más próspero que nunca.
Yo estaba harto de la faena y la pobreza
y de ver cómo crecían los tesoros
del viejo Bill y de otros más,
así que una noche asalté a un viajero
en un recodo del huerto de Proctor,

y en mi embate sin quererlo lo maté.
Por eso me mandaron a juicio y me colgaron.
Así viví yo la bancarrota.
Ahora quienes nos amparamos en la ley de bancarrota,
cada uno a su modo, dormimos en paz como vecinos.



Ollie McGee

¿Han visto deambulando por la aldea
a un hombre demacrado de ojos caídos?
Es mi marido. Su crueldad oculta,
que nadie desvelará, devastó mi juventud
y mi belleza, hasta que al fin,
cuarteada, con los dientes amarillos,
quebrantado mi orgullo, mi humildad un ultraje,
descendí a la tumba.
¿Pero qué creen que roe el corazón de mi marido?
¡El rostro que fui: el rostro que de mí hizo!
Son estas cosas las que lo arrastran junto a mí.
En la muerte, por tanto, he sido vengada.



Robert Fulton Tanner

Si pudiera un hombre morder la inmensa mano
que lo atrapa y lo destruye
como mordió la mía aquella rata
cuando exhibía la trampa que inventé
aquel día en mi ferretería.
Pero jamás puede un hombre vengarse
del monstruoso orco de la Vida.
Entras a la habitación — es que has nacido —
ahora debes vivir — forjar tu alma.
¡Ajá! Ya viste la carnada de tu anhelo:
Una mujer adinerada, futura esposa —
prestigio o poder o un pedestal en el mundo.
Pero tienes cosas que hacer y conquistar —

¡Así es! Son los fierros que rodean la carnada.
Y por fin entras — oyes pisadas:
El orco, la Vida, está en la habitación,
(Te esperaba. Ha escuchado el salto del resorte.)
y te ve mordisquear el queso deleitoso
y es ardiente y fija su mirada,
muecas y risas, burlas e infamias:
te agitas entre los hierros de la trampa
hasta que tu miseria le aburre.



Serepta Mason

La flor de mi vida habría despuntado en cualquier parte
pero un viento aciago abatió mis pétalos
en el costado de mí que ustedes vieron en la aldea.
Desde el polvo alzo mi voz en protesta:
¡Mi flor abierta no la vieron!
Ay de los vivos, auténticos estúpidos
que ignoran las costumbres del viento
y las fuerzas invisibles
que rigen los procesos de la vida.



Benjamin Frasier

Sus espíritus batían sobre el mío
como las alas de un millar de mariposas.
Cerraba mis ojos: sus espíritus vibraban: lo sentía.
Cerraba mis ojos: sus pestañas se agitaban: lo sentía:
rozaban mis cachetes sus con ojos decaídos
y sentía cuando volteaban la mirada
y cuando la ropa se pegaba a sus contornos
o se les deslizaba con pliegues exquisitos.
Sus espíritus vieron mi éxtasis
en largas miradas: despreocupadas, nebulosas.
Sus espíritus vieron mi tortura:

la bebían como al agua de la vida:
sus cachetes ruborosos, los ojos centelleantes —
la columna de fuego de mi alma doraba sus espíritus,
como las alas de una mariposa que el sol baña de repente.
Y me exigían a gritos: vida, vida, vida.
Pero la vida la tomé para mí mismo:
estrujé sus almas en mis puños, como un niño
estruja uvas y bebe, de sus palmas,
el jugo púrpura. Así llegué
a este yermo vacío:
aquí donde no hay rojo, ni dorado,
ni vino, ni un ritmo de vida.



Minerva Jones

Yo soy Minerva, poetisa de la villa,
a quien los machos chiflaban y escupían en la calle
por mi cuerpo fofo, el desvío de mi ojo, mi cojera.
Lo peor sucedió cuando “Butch” Weldy
se arrojó sobre mí tras una horrenda cacería.
Al terminar me abandonó a mi suerte
en la puerta del doctor Meyers.
Me hundí en la muerte.
Perdí el sentido de los pies a la cabeza,
como quien se interna en un cauce de hielo.
¿Quién irá al periódico del pueblo

y reunirá en un libro los versos que escribí?

¡Ay, mi enorme sed de amor!

¡Ay, mi enorme hambre de vida!



El doctor Meyers

Nadie más, excepto el doctor Hill,
dio tanto por la gente de este pueblo, como yo.
Y los débiles, los impedidos, los delitos de la providencia
y los que no podían pagar se entregaban a mis manos.
Fui el santo doctor Meyers, el de buen corazón.
Tuve salud, alegría, una cómoda fortuna,
la bendición de una pareja idónea, hijos crecidos,
casados todos y prósperos en la tierra.
Hasta que una noche, Minerva, la poetisa,

acudió a mí, llorando, en el grito de su apuro.
Hice lo que pude. Ella murió.
Me arrestaron. En los diarios me escupieron.
La honda pena mató a mi esposa.
Y una neumonía me dio el tiro de gracia.



“Butch” Weldy

Cuando acepté a Cristo y senté cabeza
me dieron una chamba en la fábrica de conservas.
Cada mañana tenía que llenar
un tanque en el patio con gasolina
que alimentaba las hogueras en las líneas
que calentaban los hierros de soldar.
Y me trepaba a una escalera mañosa
cargando cubetas de gasolina.
Una mañana estaba ahí, en lo mío,
cuando el aire se tensó, dio como una arcada,
y salté al aire porque el tanque había explotado,

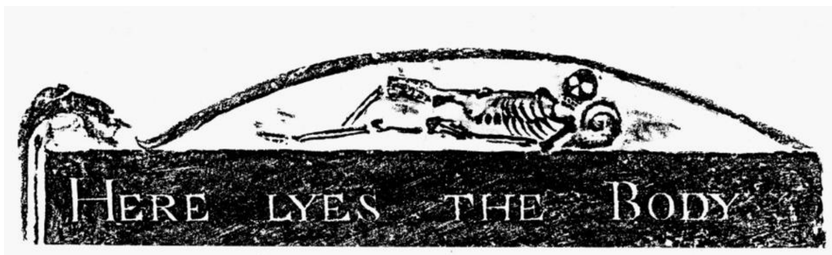
y caí a tierra con ambas piernas rotas
y los ojos fritos como huevos.
Alguien dejó encendida una hoguera
y algo la chupó dentro del tanque.
Dijo el juez del distrito: el responsable
es un cholero como tú, de manera
que el hijo del viejo Rhodes no debe indemnizarte.
Y en el estrado del testigo, ciego
como Jack el violinista, yo repetía:
“¡Pero yo ni lo conozco!”.



Doc Hill

Me veían en la calle, de arriba para abajo,
ahora aquí, luego allá, noche y día:
toda la noche cuidaba a los pobres que enfermaban.
¿Saben por qué?
Mi esposa me odiaba y mis hijos
vivían como perros.
Así que volqué todo mi amor sobre el pueblo.
Se me concedió la visión dulcísima
de los multitudes en los prados el día de mi entierro.
Me alcanzaban los murmullos de amor y de duelo.

Ay, Dios mío, pero mi alma se sacudió, atada de manos,
contra los cercos impasables de la vida nueva,
cuando vi que Em Stanton se ocultaba tras un árbol,
cerca de mi tumba,
para que nadie la viera en su quebranto.



Andy, el sereno

Con mi capa española,
y mi cachucha vieja
y mis botas de policía
y Tyke, mi amado perro,
y mi macana de duros nudos
y mi linterna de aceite,
merodeaba por todas las puertas de la plaza.
Sobre mí giraban los astros de la medianoche
y susurraba la campana en la torre,
remecida por el viento,
y los pasos cansados del doctor Hill
sonaban como los de un sonámbulo,
y a lo lejos gritaba un gallo.

Y ahora alguien más vigila en Spoon River
como antes de mí otros vigilaron.
Y aquí yacemos, el doctor Hill y yo,
donde nadie se mete con ánimos aviesos
y no hacen falta los ojos del sereno.



El agente del CAM

Los prohibicionistas me hicieron agente del CAM
cuando cerraron las cantinas, pues sabían
que cuando no era más que un bolo,
aún ajeno a Cristo, maté a un sueco
en el aserradero, ahí por Maple Grove.
Querían a un hombre despiadado,
severo, tajante, derecho y valeroso,
alguien que odiara la bebida y los bolos.
Y me obsequiaron una macana de hierro
con la que somaté a Jack McGuire.
Y él sacó su trabuco y me mató.
Malgastaron su dinero los prohibicionistas
que intentaron colgarlo. En un sueño

me aparecí a un miembro del jurado
y le conté el secreto que guardaba.
Catorce años le dieron por matarme.



Jack McGuire

A mí me iban a linchar
pero me escabulleron
jalado de los pelos
a la cárcel de Peoria.
Y todo porque yo iba feliz a casa,
con mi pachita — bolo, pero apenas,
cuando Logan, el del CAM, me paró,
me llamó chucho templado, me serió,
y cuando lo putié, me dio un vergazo
con esa macana de hierro de los choriceros —
por lo que le dejé ir un tiro.
Mi destino era la horca, pero resulta
que mi abogado, Kinsey Keene, quería condenar
al viejo Thomas Rhodes por desfalcos en el banco,

y el juez y Rhodes eran grandes cheros
y el juez quería que el viejo se salvara.
Kinsey dijo que dejaría en paz a Rhodes
si me sentenciaban por catorce años.
Trato hecho. Cumplí mi condena
y aprendí a leer y escribir.



Eugenia Todd

Visitantes: ¿Quién entre ustedes ha tenido
una caries que sin tregua roe el nervio?
¿O una punzada que llegó para quedarse?
¿O un absceso que creciera con el tiempo?
¿Y aún en lo más hondo del sueño,
no sentían acaso, como velado,
un borrón de caries, de absceso, de punzón?
Así son las averías del amor, las ambiciones
echadas por tierra, las batidas bestiales de la vida
que nos azotan día a día hasta el final:
como la caries y la punzada y el absceso

bogarán a la deriva de tu sueño
hasta que llegue para ti
la hora de la liberación.
Sentirás que despiertas curada,
rebosante en la mañana
que ha amanecido fuera de la tierra.

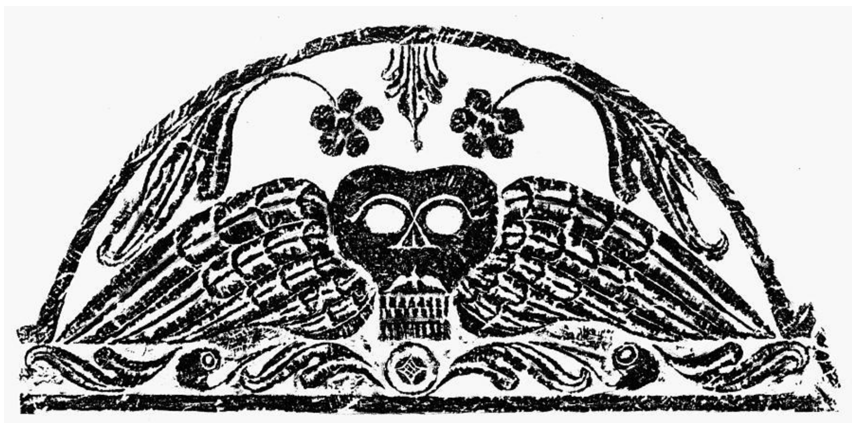


Washington McNeely

Fui rico. La gente alzaba su rostro para verme.
Mi madre me engendró en la nobleza
y yo a mi vez engendré muchos hijos
y los crié aquí, en la gran mansión de las afueras.
¿No es bello el cedro del jardín?
Mandé a los chicos a Ann Arbor.
A las chicas a Rockford.
Mi vida siguió girando: más oro, más honor
a la sombra de mi cedro al caer la noche.
Pasaron años.
Mandé a las chicas a Europa

con dotes para que se casaran.
A los chicos les di fondos para sus negocios.
Eran fuertes, espléndidos como las manzanas
antes de que les hinquen una mordida.
Pero John huyó al exilio, por todos odiado.
Jenny quedó en un parto.
Yo me senté bajo mi cedro.
Harry sucumbió y se mató.
Susan se divorció.
Yo me senté bajo mi cedro.
Paul se consumió estudiando.
Mary, herida de amor, se encerró.
Yo me senté bajo mi cedro.
No quedaba ni uno. Devorados,
lisiados por la vida.
Yo me senté bajo mi cedro.
Cuando le llegó la hora a mi señora,
yo me senté bajo mi cedro.
Despuntó el sol de mis noventa años.
Tierra, acuna ya a esta hoja caída,

a esta pobre hija tuya que quiere dormir.



Paul McNeely

Jane, mi Jane — cómo te quiero! —
aún obra tu encanto sobre mí.
Y es que te escabullías a mi lecho de enfermo
con tu gorra de enfermera y tus mangas de lino
para tomarme de la mano.
Toda sonrisas y susurros:
“Te recuperarás. Verás, ya pronto
te sentirás mejor”. ¡Fue entonces!
¿Qué se derramó desde tus ojos
a los míos, como el rocío se desliza
al corazón de la flor que se reclina?

Jane, mi cielo, ni todo el oro de los McNeely
podría pagar el cuidado que me diste
de día, de noche, entre la noche y el día,
ni tu sonrisa, ni el amparo de tu alma,
ni tus manitas de lirón sobre mi frente.
Jane, se apagó antes la llama de mi vida
sobre el arco de la noche, en la tiniebla,
que mi deseo de tomarte en brazos,
ya sano, en el encierro del amor
y hundir mi rostro entre tus pechos.
¿Te cubrió de joyas mi padre
al morir yo, Jane? ¡A nadie amo como a ti!



Mary McNeely

Visitante:
amor es descubrir tu alma
en el alma del amado.
Pero cuando el amado se retira
tu alma parte con él.
Dice el poema: “Tengo un amigo,
pero no hay amigos para mi dolor.”
Es así. Por ello me encerré,
a solas largos años

en la casa de mi padre
buscando una ruta que me llevara
de regreso a mí.
Una vía dolorosa
que coronara mi alma.
Pero vi entonces a mi padre,
repleto de dolores
y sentado bajo el cedro.
Esa imagen se asentó en mi corazón
y me llevó a la paz duradera.
Para las almas que desde la mugre
y la mierda de la tierra
dieron preciosas y ardientes veraneras:
descanso eterno.



Daniel M'Cumber

Mary McNeely, cuando me fui a la ciudad
iba a regresar por ti. No miento.
Pero Laura, la hija de mi casera,
cayó sobre mí y me conquistó.
Unos años después, conocí
a Georgine Miner, de Niles:
una flor del amor libre, de los jardines de Fourier
que se encendieron en Ohio antes de la guerra.
Su amante indeciso ya no la quería
y buscó en mí temple y calidez.
Ella era un fantasma de lágrimas
que uno acoge en brazos
y termina embarrado de mocos,
contagiado de su llanto perdurable:
una cosa que muerde tu mano

y se da a la fuga.
Y uno queda ensangrentado,
con el rostro al cielo.
Ay, Mary McNeely, no fui digno
de besar el ruedo de tu manto.

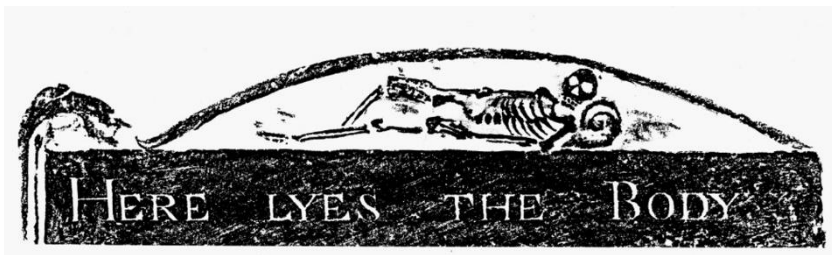


Sarah Brown

No llores más, Maurice, porque no estoy
debajo de este pino. La primavera
aletea dulce sobre el cerro:
palpitan las estrellas: trina la aurora:
mas tú lloras mientras yo estoy suspendida
en la luz eterna del Nirvana!

Ve al encuentro de mi esposo — es un buen hombre
herido por lo que él llama nuestro sucio amor —
y dile que a ti te amé tal como a él

y así forjé yo mi destino: por la carne
conquisté el espíritu, y por el espíritu
la paz. No hay matrimonios
en el cielo: solo amor.



Johnnie Sayre

Padre mío, jamás conocerás
el desconsuelo que abrasó mi corazón
desobediente cuando el perno
implacable del motor se hincó en la carne
convulsa de mi pierna. En andas me llevaron
a la casa de la viuda Morris: en el trayecto
divisé la escuela allá en el valle —
de la que me escapaba para subir de polizonte
en las locomotoras. Me dio por orar
pidiendo vida suficiente para suplicar tu clemencia:
¡Me diste lágrimas, amargas palabras de consuelo!
El alivio de ese instante me condujo a la felicidad sin
término.

Luego mandaste a cincelar estas palabras para mí:
“Salvado de los males venideros”.



William y Emily

¡Hay algo en la Muerte
como el amor!
Si con alguien conociste la pasión
y el fulgor del amor joven,
si también, tras largos años
juntos, sintieron que el fuego desmayaba,
y juntos entraban al ocaso,
poco a poco, en aleteos, a matices,
como sostenidos en brazos del otro
al salir de un cuarto conocido:
¡Hay un poder en las almas en unísono
como el amor mismo!



Nancy Knapp

Nadie me creyó pero así fue:
Compramos la granja con la herencia de mi marido.
Sus hermanos lo acusaron de enemistar
a su padre contra el resto.
Y nuestro tesoro jamás nos trajo paz.
La morriña mató al ganado — el sembradío se secó
y un rayo cayó sobre el granero.
Para irla pasando hipotecamos la granja.
Él ya no hablaba. Era angustias todo el tiempo.
Los vecinos se aliaron con los hermanos
y nos retiraron la palabra.
¿A quién acudir? Cuando uno es joven,
uno puede decir: “Qué importa,
tal y tal son mis amigos.

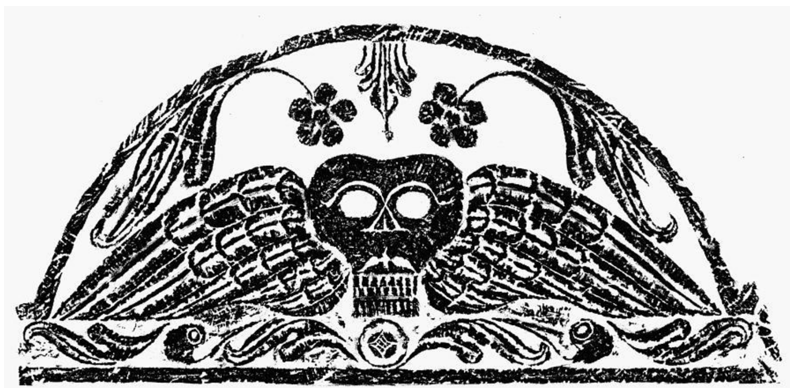
Un viajecito a Decatur
y todo esto pasará”.
Pero una presencia venida del abismo
empezó a pasearse por los cuartos.
Entonces le di fuego a las camas.
Era un pilar de llamas la casa embrujada
y yo bailaba en el patio, batiendo los brazos.
Mi marido lloraba con un sonido
que me recordó a un becerro helado.



Flossie Cabanis

Del teatrillo de Bindle en la aldea
a Broadway hay un salto gigantesco.
Yo quise darlo. Mi ambición ardía blanca
a los dieciséis, cuando vi “*East Lynne*”,
en Spoon River, con Ralph Barrett,
la estrella visitante que cautivó mi alma.
Es cierto: regresé como lombriz, quebrantada,
porque Ralph se esfumó en Nueva York
y me dejó sola en la ciudad.
Y es que la vida también lo había quebrantado.
En toda la extensión de este lugar callado

no hay como el mío un solo espíritu.
Cómo quisiera que Duse se alzara entre la pena
de estos campos de silencio
y leyera estas palabras.



Webster Ford

Apolo Délfico: ¿Recuerdas la ribera
a la hora del crepúsculo,
cuando Mickey M'Grew gritó: *¡Un espectro!*
Y yo: *Es Apolo Délfico.*
Y el hijo del banquero se mofaba, diciendo: *Es la luz*
de los faroles sobre el agua, par de estúpidos?
Pero era que tú nos visitabas.
Pasaron entonces los años farragosos.
El pobre Mickey murió ahogado en la cisterna,
en lo más hondo de la bramante oscuridad.
Aquella visión que él llevó a la muerte,

como las luces chinas que se desploman
y se agotan en la tierra, ardía en mí,
y la oculté del hijo del banquero.
Rogué a Hades que me salvara.
Apolo, te reservaste la venganza:
de mi temeroso corazón te retiraste
hasta que te sentí de nuevo aquella hora
en que me pareció que me convertía en árbol:
Todo tronco, todo ramas:
se endurecía mi materia:
carne casi piedra. En vendavales
de laurel incandescente,
rompía en flor mi follaje,
tiritaba, se encogía,
revoloteaba, resistía
porque la muerte subía por mis venas
desde el tronco que agonizaba.

Ay, joven, de la voz de Apolo no te ocultes.
Arrójate a las llamas. Muere con un canto de verano
si tu suerte es morir en el verano. Pues nadie puede ver

el rostro del Dios y vivir. Así que escoge:
Morirás abrasado o morirás tras largos años yertos,
clavado en tierra. Y sentirás como una mano espeluznante
que el tremendo frío recorre tus hojas, viejo laurel,
que insistirán en florecer hasta que mueras.
Ay, mis hojas, tan mustias que no servirán para coronas,
sino tal vez para arreglos de difuntos,
joyas pobres de los corazones heroicos
que cantaron y vivieron sin miedo.
¡Ay Apolo Délfico!



Amelia Garrick

Es verdad. Me aventaron bajo un rosal maltrecho,
aquí donde nadie me visita, por el cerco
que la espesura de los bosques de Siever
ha arropado a tramos con los años.
Y tú, tú eres famosa en Nueva York,
esposa de un flamante millonario,
y tu nombre se imprime en los periódicos
y quizás por la ilusión de la distancia
parece bello, radiante, inmenso.

La estrella eres tú. Y yo un harapo,
a los ojos del mundo.
Tú estás viva y yo estoy muerta.
Pero sé que yo te oprimo el corazón
y aunque estoy aquí enterrada,
donde no puedo alcanzarte,
y tus amigos, la flor de la ciudad, no me conocen,
en el mundo de luces donde bailas,
sé que soy el poder imbatible que rige tu vida.
Y te he robado el triunfo.



El desconocido

Alma en órbita: detente
y escucha la historia del desconocido
que aquí yace sin una lápida a su nombre.
Fui un niño imponente. Mi capricho
me llevó al bosque, armado,
cerca de la mansión de Aaron Hatfield.
De un plomazo derribé a un halcón
posado en la cima de un árbol desecado.
¡Qué aullido gutural
lo trajo a tierra, a mis pies!

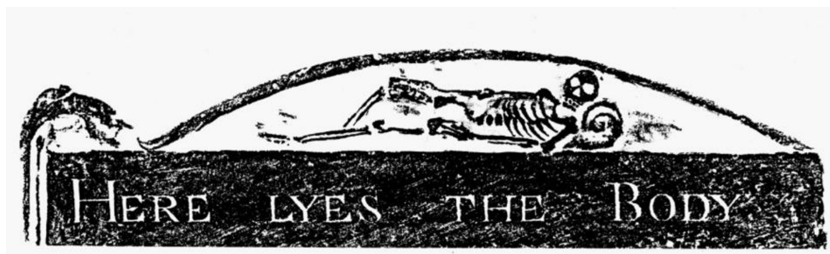
Tenía el ala rota.
Así que lo puse en una jaula
y ahí vivió unos días. Le ofrecía comida
y me graznaba con odio.
Y en el país de los muertos no ceso de buscar
la sombra del halcón
para ofrecerle la amistad
de alguien que terminó abatido
y enjaulado a manos de la vida.



Rosie Roberts

Estaba enferma, pero más aún, furiosa
con la nefasta policía y el nefasto
juego de la vida. Así que le escribí
al Jefe de Policía de Peoria:
"Me encuentro en la casa en que fui niña
en Spoon River, apagándome a saltos.
A ver si vienes y me arrestas.
Porque maté al hijo del magnate
en el burdel de Madam Lou.
Los periódicos dijeron que se mató solito,

en casa mientras limpiaba su rifle.
Mienten más que el diablo
para sofocar escándalos
— cuando lo ordenan sus clientes.
En mi cuarto del Madam Lou le solté un tiro
porque el pendejo me derribó de un puñetazo.
Y es que le dije, que aún con todo su dinero,
yo iba a ver a mi otro amante esa noche”.



Charlie French

Bueno, ¿y alguna vez supieron
cuál de los hermanos O'Brien disparó
la pistola de balines en mi mano?
Había banderas rojas o blancas
sueltas a la brisa. Bucky Estil
detonaría el cañón traído a Spoon River
desde Vicksburg por el capitán Harris.
Y todos compraban limonada
y había música de banda
y el día se fue el traste por una esquirla
que se alojó bajo la piel de mi mano.
Un anillo de bichos me rodeó. Decían:
"Bueno, Charlie, te morirás de tétano".

Ay, señor. Ay, señor.

¿Cuál de mis cheros lo hizo?



Theodore el poeta

Theodore, estas fueron las horas de tu infancia:
sentado en las márgenes del turbio Spoon
fijabas tu mirada en el nido del cangrejo,
esperando su salida. Remolcaba fango con las pinzas
y agitaba las antenas como briznas de paja.
Emergía luego el cuerpo, como pintado con talco,
y esos ojos duros como gemas.
Y en tu rapto, ensimismado, querías saber
qué sabía el cangrejo, y qué deseaba y por qué
se empeñaba en vivir.
Luego desplazaste tu visión: ahora hombres y mujeres
ocultos en los nidos de la fatalidad, en grandes ciudades.
Tú esperabas que se asomaran sus secretos

para descubrir cómo vivían, y para qué,
y por qué insistían en ese ajetreo
por los arenales donde el río se despeña
mientras se apaga el verano.



Homer Clapp

En el portón de su casa, Aner Clute
nunca me dio un solo beso de despedida
porque no estábamos aún comprometidos.
Y tomaba mi mano, como queriendo alejarme,
y me deseaba buenas noches.
Regresábamos del culto o de la pista de hielo.
Ni bien se habían apagado mis pasos
y Lucius Atherton
(lo supe cuando Aner se fue a Peoria)
trepaba por la ventana de su cuarto
o montaba a Aner en el asiento del carro,
tras su recua de lustrosos sementales,
perdidos en los campos.

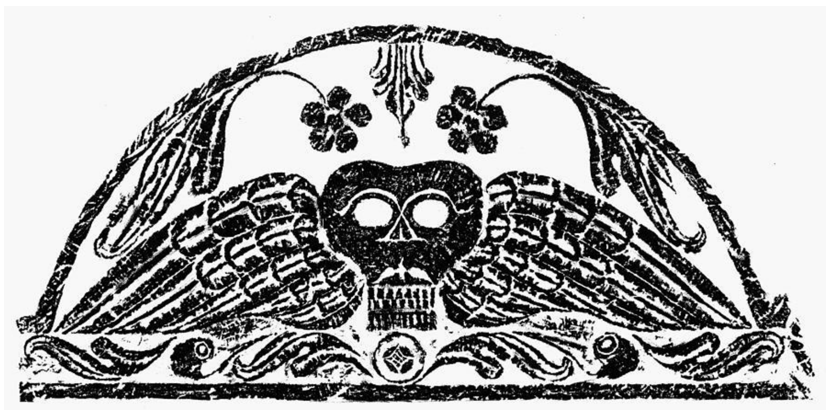
Cuando me enteré di con los dientes en la tierra
y senté cabeza. Invertí la herencia de mi padre
en la fábrica de conservas, en pos del cargo
de jefe de contadores. Perdí cada centavo.
Así supe que yo era un bufón de la Vida
y que solo la muerte me trataría igual
que a otros hombres, que me haría sentir
como un hombre.



Amos Sibley

Temple, paciencia, fortaleza
eran ajenas a mí.
Pero en el pueblo creyeron que las tuve
al lidiar con mi mujer. Yo predicaba:
era el trabajo que Dios me encomendó.
Cómo odié a esa arpía, a esa buscona.
Me enteré de todos sus adulterios.
Pero si me divorciaba de la vieja,
perdía también el ministerio.

Firme en el trabajo de Dios, y en su cosecha,
la soporté!
Me colmaba de mentiras!
Colmaba de mentiras a Spoon River!
Así que di conferencias,
fui candidato para la diputación,
participé en colectas. Y pensaba:
Si consigo algo de dinero, me divorciaré.



Oscar Hummel

Iba dando tumbos por lo oscuro.
Encapotado el cielo. Dos, tres estrellas,
con las que pretendía orientarme.
Eran las nueve de la noche, solo quería
regresar a mi casa.
Ni sé por qué me había perdido
si yo solo seguía la vereda.
Crucé un portón y entré a un patio.
Grité con voz en cuello:
"¡Hey, Músico! ¡Hey, señor Jones!"

Creí que era su casa y creí
que él podría indicarme la mía.
Pero el que salió fue A. D. Blood,
en calzones y furioso, leño en mano:
que las putas cantinas por acá,
que los criminales que las visitaban por allá.
"Es Oscar Hummel, el bolo", dijo,
y yo me quedé de pie, oscilando,
bajo la lluvia de leñazos
hasta que caí muerto a sus pies.



Roscoe Purkapile

Ella me amaba. Jein! Cómo me amaba!
De ese amor no tuve escapatoria
desde la primera vez que me miró.
Y luego, ya casados, yo pensaba
que podría darle por morirse y liberarme,
o podría pedir el divorcio.
Pocos mueren y ninguno se rinde.
Entonces me di a la fuga y anduve un año por la libre.

Pero ella no se resintió. Dijo que todo estaría bien
y que yo regresaría. Y en efecto regresé.
Le dije que en las cercanías de la calle Van Buren
me raptaron piratas del lago Michigan.
Y que nunca me quitaban los grilletes
y por eso no le escribí cartas.
Se soltó en llanto, en besos. ¡Qué crueldad,
qué escándalo, qué brutalidad!
Entendí así que nuestra unión
era una dispensa divina
y que nadie podía desatarla,
sino la muerte.
Tenía razón.



La señora Purkapile

Se dio a la fuga. Desapareció un año entero.
Al regresar me contó una historia tonta:
que unos piratas lo habían secuestrado
y encadenado para que no me escribiera.
Y aunque fingí darla por cierta, yo bien sabía
por dónde iban sus pasos y sus queveres
con la tejedora, la señora Williams.
Que de vez en cuando se veían,
cuando ella decía viajar a la ciudad a comprar telas.
Pero una promesa es una promesa

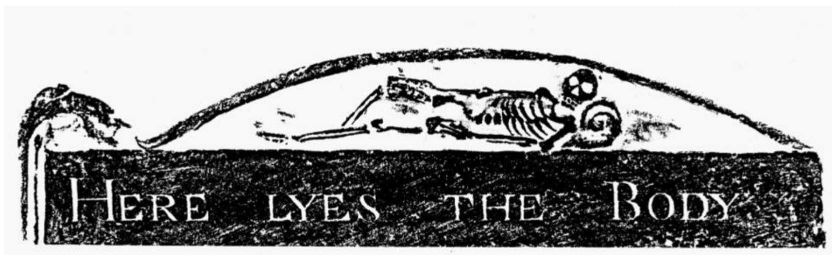
y los casados están casados,
y por respeto a mi dorada dignidad
me negué a enredarme en un divorcio
por las tretas de un hombre abatido
por los votos y los deberes del marido.



La señora Kessler

Y sí, el señor Kessler estuvo en el ejército
y cobraba mes a mes una pensión de seis pesos
y se iba a las esquinas a discutir sobre política
o se quedaba en casa para leer memorias de soldados.
Yo mantuve a la familia lavando ajeno.
Y me enteré de los secretos del pueblo entero
por sus cortinas, sus manteles, sus faldas y sus camisas.
Porque todas las cosas nuevas se hacen viejas
y las suceden otras mejores o más bien nada.

La gente prospera o se desploma.
Los desgarrones y los remiendos crecen con el tiempo.
Y ese ritmo no lo alivian el hilo ni la aguja.
Y hay manchas que desafían al jabón.
Y hay colores que se lavan a pesar de tus cuidados
y a ti te culparán de arruinar el vestido.
Tras paños y servilletas se ocultan infidencias.
Y la Vida lavandera sabe todas estas cosas.
Se los juro: yo, que fui a cada funeral
de este pueblo, jamás vi un tan solo muerto
sin que me asaltara la impresión
de que ese rostro estaba lavado y planchado.



Searcy Foote

Yo quería ir a la universidad
pero mi rica tía Persis no me ayudaba.
Chapodé jardines, corté grama
y así me compré los códigos de leyes.
Me fajaba para seguir apenas vivo.
Quería casarme con Delia Prickett,
pero ganaba tan poco. Imposible.
Y la tía Persis ya tenía más de setenta,
en su silla de ruedas, con la vida ya a medio salir,
y la garganta tan entelerida que la sopa
se le escurría del buche en las comidas,
como a los patos. Vieja golosa.
Invertía hasta el último centavo

en hipotecas. Se ajolotaba tanto
con sus cheques y sus cuentas y sus notas.
Aquel día yo le cortaba algo de leña
y entre troncos leía a Proudhon.
Entré a la casa a beber agua.
Ahí estaba, dormida en la silla.
El libro de Proudhon sobre la mesa.
El bote de cloroformo sobre el libro
porque olía un poco para su dolor de muelas.
Derramé un chorro en mi pañuelo,
lo sostuve en su nariz y se murió.
Oh, Delia, Delia, tú y Proudhon
aceraron mi pulso. El forense
lo registró como un infarto.
Me quedé con Delia y con la plata.
¿Me salí con la mía, Spoon River?



Ida Frickey

Nada en la vida te es ajeno.
Yo era una niña que mendigaba en Summum
y un día el tren diurno me tiró en Spoon River.
A mi paso las casas cerraban las puertas
y corrían las persianas—contra mí.
En ninguna había un rincón donde cupiera.
Entonces pasé por la vieja mansión McNeely,
el castillo de piedra entre alamedas y jardines.
Alrededor vigilantes custodiaban
a la niña de los ojos del condado
y al orgulloso dueño de la finca.
Tan hambrienta estaba que tuve una visión:
un inmenso par de tijeras se asomó

entre los cielos, como la viga de una grúa,
y partió la casa a la mitad como un velo.
Bueno, en el almacén vi a un hombre
que me lanzó un guiño cuando le pedí trabajo.
Era el hijo de Wash McNeely:
el eslabón que ató a mis manos
la propiedad de la mitad de la mansión
cuando le gané una demanda por falsedad,
filosa como las tijeras.
Ya ven, pues, que la casa,
me aguardaba desde el día en que nací.



Dippold el optometrista

¿Y qué ve ahora?

Globos morados, rojos, amarillos.

Un momento. ¿Y ahora?

Son mi padre y mi madre y mis hermanas.

¡Sí! ¿Y ahora?

Caballería armada, bellas mujeres, rostros suaves.

Probemos con este.

Sembradíos de grano, una ciudad.

¡Muy bien! ¿Y este?

Una joven. Los ángeles se inclinan sobre ella.

Un lente más pesado ahora.

Mujeres, muchas, con los ojos brillantes y la boca abierta.

Ahora este.

Solo una copa en una mesa.

Ya veo. Pruebe este.

Solo campo abierto. Nada para que mis ojos se detengan.

Bien. ¿Ahora?

Pinos, un lago, el cielo del verano.

Ese está mejor. ¿Y este?

Un libro.

Léame una página.

No puedo. Mis ojos se deslizan por el margen.

Ahora este lente.

El aire y sus profundidades.

Excelente. ¿Y ahora?

Luz, solo luz, y el mundo debajo parece de juguete.

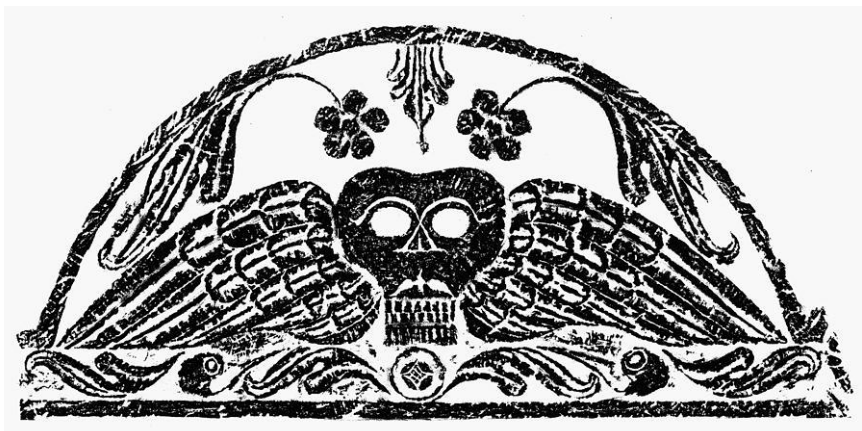
Muy bien. Le haremos los lentes a la medida.



Tom Merritt

Yo no tenía sospechas.
Si ella era tan tranquila y como ausente.
Y un día cuando yo entraba por la puerta principal
escuché que se cerraba la de atrás.
Alcancé a ver cómo el otro se escurría
por el terreno, detrás del ahumadero,
y se daba a la fuga por los campos.
Quise matarlo ahí mismo.
Y aquel día, andando por Fourth Bridge,
no tenía yo ni un palo a la mano

cuando de repente me topé con él,
cazando presas ajenas y asustado.
Le repetí tres veces: "No lo hagas".
Él apuntó y me baleó el corazón.



La señora Merritt

Callé frente al jurado
y al juez no dirigí ni una palabra
cuando quiso saber si estaba conforme
con mi sentencia. Solo negué con la cabeza.

¿Qué iba a decirle a estas gentes
convencidas de que una mujer de treinta y cinco
tenía la culpa de que su amante de diecinueve
hubiera asesinado a su marido?
Aún cuando ella le advirtiera sin cesar:
"Ya vete, Elmer, lárgate muy lejos,

he quemado tu cordura con el obsequio de mi cuerpo
y cometerás alguna atrocidad."
Tal cual: fue a matar a mi marido.
¡Dios sabe que nada tuve que ver!
¡Treinta años de cárcel en silencio!
Por las puertas del hierro del penal
los reos en fase de confianza, grises
y en silencio, empujaron mi ataúd.



Elmer Karr

¿Qué más sino el amor de Dios enterneció
con la flor del perdón los corazones de Spoon River
para mí, que profané el lecho de Thomas Merritt
y encima lo maté?
¡Almas santas que me recibieron
cuando volví tras catorce años de cárcel!
¡Manos piadosas que me llamaron a la iglesia,
que escucharon llorando mi confesión de penitente,

que tomaron el sacramento del pan y del vino!

Arrepiéntanse en vida y descansen en Jesús.



Edith Conant

Esta estación es nuestra, de las memorias.
Desviamos la mirada de las tremendas palabras:
"17 de junio de 1884, a los 21 años y 3 días".
Y ya todas las cosas son distintas.
Y nosotras, las memorias, nos quedamos aquí solas,
pues ningún ojo nos distingue
y nadie sabe qué hacemos aquí.
Tu esposo ha muerto. Tu hermana vive lejos.
A tu padre lo consume la vejez:
ya no te recuerda y solo rara vez

sale de casa.
Todos han olvidado las delicias de tu rostro,
el son de tu garganta!
Cómo cantabas, aún en la mañana de tu ruina,
con dulzura que hería, con dolor que agitaba,
antes del arribo del niño que contigo murió.
Asuntos por todos olvidados, menos por nosotras,
las memorias. Y el mundo también nos olvidó.
Todo es distinto.
Menos el cerro y el río.
Pero hasta el río y el cerro
son distintos.
Solo el sol bravo y las estrellas
permanecen.
Nosotras, las memorias asombradas,
en esta estación cerramos los ojos
agotados de lágrimas—
agotados más allá de lo decible.

Índice